

## LA CABEZA DE MEDUSA DEL COMUNISMO

### INTRODUCCION

He conocido varios hombres, -los he conocido incluso muy de cerca-, que han experimentado dos o tres veces, pasados los veinte años, la tentación del comunismo.

La fisonomía del comunismo de los primeros años, la del comunismo de 1925, tenía algo de alucinante. La Revolución victoriosa en el Este parecía progresar, a través de campos de trabajo y osarios, en una marcha ensangrentada pero alegremente, y dar forma al porvenir con vigoroso impulso. Las jornadas de huelgas y motines hacían surgir ante los ojos de los jóvenes intelectuales de los barrios elegantes los semblantes duros y resueltos de dirigentes admirables, la flor y nata de la clase obrera, consumidos en la tarea de arrastrar tras de sí a la masa trabajadora, tropa de asalto a la cual se le reconocía casi el derecho de ser implacable, en tanto que ellos se inspiraban no en el odio sino en el esfuerzo de la inteligencia, del valor y de la voluntad. Una pequeña minoría de rebeldes había decidido oponer una intransigencia fanática y lúcida, una pureza de acero templado, a los compromisos a los regateos, a las debilidades, a las injusticias y a las impostu-

ras de una sociedad ambiciosa y apática; había decidido destruir - esta sociedad y barrer sus restos en nombre de los millones de hombres humillados por espacio de siglos, para quienes exigía el derecho de tener acceso a la grandeza y a la dignidad humanas. En un mundo tan agradablemente acogedor y cómodo para aquellos que aceptaban compartir sus injusticias ésta minoría rehusaba actuar, se decidía a crear un mundo nuevo, optaba por el humeante suburbio, la mina y la fragua frente a las avenidas aristocráticas, los terrenos de golf y los centros de reunión de las clases altas; afrontaba las costumbres seculares, la majestad de los valores establecidos y las porras de la policía.

Un cierto número de jóvenes burgueses no vacilaron en alistarse bajo los pliegues de una bandera en la que flameaba una esperanza - patética, prefiriendo, a los naturales consejos de sus familias y de su medio, la orgullosa actitud que Nietzsche aconseja a los fuertes que han alcanzado la cima del poderío: la de escribir ellos mismos su último acto, la de trabajar por su ruina, la de desear su propio ocaso. Otros, más numerosos, se negaron a entregar su abdicación en manos de los trabajadores, pero envidiaban de lejos los colores dramáticos que adquiría el destino colectivo de sus enemigos de clase: envidiaban a los comunistas. Y desembocaron en el fascis-

mo, porque el fascismo les traía, en resumen, -envuelto en el artificio y la mascarada-, la embriaguez subersiva, la fraternidad de la lucha, la esperanza heroica, la violencia y la intransigencia, de las que el comunismo les mostraba de lejos la imagen y con las que ellos soñaban.

Había también la lectura de Marx y, a través de sus pesados y vigorosos párrafos, la certidumbre progresiva de descubrir las dimensiones del mundo social, los mecanismos de la historia que los maestros de la enseñanza oficial, bien provistos de títulos y condecoraciones, no habían hecho jamás sospechar a sus alumnos; había Malraux y la lucha fluctuante y encamizada de sus héroes para salvar al hombre del oprobio por entre un mundo ciego y desgarrado. Que sacudidas análogas y de signo contrario haya sentido la opinión francesa en 1935 con la publicación de "La condición humana", y en 1946 con la de "El Cero y el Infinito" de Kestler, dan la medida del camino recorrido en un poco más de diez años.

Después vino la guerra de España. Las crueldades eran parecidas en los dos campos, pero la crueldad de los que se ven arrastrados a una batalla desesperada contra su condición de esclavos, ¿no es más excusable que la de aquéllos que desean someter a los esclavos?. Lo que complicaba el problema es que los comunistas mataban también a los trotskistas y a los anarquistas, pero la indisciplina de los trotskistas y

de los anarquistas en plena guerra, ¿no hacía el juego al enemigo? Había también las palabras democracia y comunismo que los comunistas vestían de nuevo y abonaban a su cuenta, lo que daba lugar a cierta confusión. Pero política es, por otra parte, la habilidad de crear un lenguaje eficaz, y si las palabras democracia y patriotismo eran para el proletariado buenas armas, si esas palabras servían para incorporar al proletariado a los tibios y a los vacilantes —unidos todavía a las antiguas formas de pensar—, si fomentaban la convicción del proletariado: ¿por qué no servirse de ellas? Los comunistas habían sufrido en diversos países de Europa derrotas que eran consecuencia precisamente de una excesiva rigidez intelectual, del menosprecio de condiciones políticas a las cuales debían haberse ajustado, en lo que su doctrina tiene de demasiado ruda y demasiado intransigente para las multitudes insuficientemente maduras. De ellas sacaron consecuencias. ¿No tenían razón? ¿No eran fieles al espíritu mismo de sus grandes maestros, que no habían separado nunca la doctrina de la acción, sino unido ambas en la praxis (práctica) transformadora del mundo? ¿No se trataba de ser eficaces? Los refinamientos de la probidad intelectual frente a los problemas reales a resolver: ¿no eran los juegos del nazismo idealista?

En fin, hubo la gran batalla librada por la patria del proletaria-

do en armas contra el invasor alemán, con sus mudanzas prodigiosas, - sus derrotas que parecían irreparables, la firmeza, aunque tardía, tan caramente pagada, de la resistencia al borde de la desesperación y -- del desastre. Después la marcha hacia adelante, cada vez más rápida, -- más precisa de un ejército inextinguible que parecía renacer de sus -- muertos. Hubo, al mismo tiempo, en Francia la lucha subterránea, en -- que la sangre comunista se mezcló con la vieja sangre de las luchas -- por la independencia nacional. ¿Quién, entonces, no se sentía más cer -- ca de los comunistas que de sus enemigos, que eran los nuestros? Mu -- chas cosas fueron olvidadas, o casi olvidadas, y las densas nubes de -- malestar y de indignación que habían empujado hacia el Oeste los pro -- cesos de Moscú y el pacto germano-soviético estaban casi disipadas. -- Entre los franceses comunistas y los demás franceses hubo así, duran -- te algún tiempo, una misma impaciencia, una misma acción, un mismo pe -- ligro y una misma esperanza. No era necesario reflexionar mucho, aun -- entonces, para darse cuenta de que ésta unidad no podía resultar más -- que de la ambigüedad y, acaso, de un equívoco voluntario. Pero fué su -- ficiente para hacer participar de la manera más sincera e indiscuti -- ble a los comunistas, fundidos en el calor sentimental del patriotis -- mo tradicional, y para hacer aceptar el programa social del comunismo a hombres que, en otras circunstancias, no hubieran sido nunca más q-

que decididos anticomunistas.

En el mismo momento en que las circunstancias, la estrategia política y, en fin de cuentas, los sentimientos nacidos de una solidaridad de hecho, parecían rellenar el foso hasta entonces infranqueable y permitir una reconciliación, el anticomunismo militante representaba el papel de villano. Es este anticomunismo el que empuja a una colaboración entusiasta o reticente con la Alemania nacional-socialista a una parte notable de la burguesía francesa. La victoria alemana representó para ciertas esferas francesas el sometimiento de la clase trabajadora, la supresión de las huelgas, la revolución colectivista-eliminada del campo de los acontecimientos inmediatos; y, ésto, para aquéllos a los que me refiero, bien valía un poco de humillación nacional, la pérdida de algunas libertades y de una o dos provincias, - un mínimo de molestia material y el oscurecimiento. El anticomunismo que yo señalo aquí, es el mismo que antes de aplaudir las victorias alemanas de 1941 en el Este, porque éstas victorias eran conseguidas sobre la Unión Soviética, se acomodó a la derrota francesa de 1940, - porque ésta victoria era también, o parecía ser, la del proletariado-francés. Es este anticomunismo el que hizo pronunciar delante de mí, - en plena retirada, a un burgués francés ésta frase que aún resuena en mis oídos: "Bien mirado prefiero Hitler al plomero"

La frase era absurda, porque, en caso de victoria alemana definitiva, el hombre que la pronunció estaba, con la totalidad de las clases dirigentes francesas, alocado a una desaparición más cierta y más rápida que con el plomero. La frase era también funesta, pues indicaba que los franceses que habían justificado, hasta entonces, su odio al comunismo con el argumento perentorio del interés superior de la nación, estaban, en realidad, prontos a aceptar de buena gana la derrota de su país antes que la de su clase. Los comunistas también, sin duda, preferían la derrota de Francia a la del proletariado. Pero ésta preferencia estaba, al menos en ellos, de acuerdo con el sistema de valores que representaban y afirmaban sin hipocresía.

Pero la frase absurda y siniestra tenía, a pesar de todo, justo es reconocerlo, una excusa. Si una parte apreciable de la burguesía francesa se creyó en el deber, en 1940, -suponiendo que la elección fuese necesaria-, de preferir la dominación alemana a la revolución comunista es porque, con mucho optimismo e ingenuidad, los burgueses esperaban poder salvar, bajo la primera, una parte, al menos, de sus bienes, su rango social y sus vidas. En caso de una revolución comunista sabían, por el contrario, de la manera más explícita, que tanto ellos como sus familias estaban sentenciados a la caída, a los campos de trabajo forzado o la "liquidación física". Lo sabían porque se les había

dicho, porque la propaganda comunista se lo había repetido en todos los tonos durante veinte años, y porque el ejemplo ruso demostraba que no eran palabras al viento. "Es este miedo al comunismo, y solo él,-decían los comunistas con indignación- el que ha entregado a los burgueses franceses en brazos de Hitler". Pero cuando se funda su propaganda en la amenaza: ¿tiene derecho a indignarse por inspirar miedo?. Cuando se hace de la sangre de los "enemigos de clase" una especie de aderezo, cuando han dado a su revolución el padrínazgo de Murrat y de los grandes terroristas, el prestigio del hierro y del fuego, el de la espada del Angel Exterminador: ¿pueden asombarse de las consecuencias?. Temer a la revolución comunista es para los burgueses temer ingenuamente a la muerte. No es heroico tener miedo a la muerte, pero ¿por qué todos los burgueses habían de ser héroes?. Si el mío prefería Hitler al plomero es porque el se imaginaba la escena de la entrada en su casa del plomero-dictador llevando en sus manos una de esas herramientas que no figuran habitualmente en la bolsa de los plomeros, y que se llama metralladora o parabélum. El ha cometido sin duda, la equivocación de creer que la victoria alemana era el único medio de impedir la revolución comunista en Francia; pero no la de creer que si la revolución comunista triunfaba en Francia, los comunistas victoriosos harían lo mismo que en las otras partes en que ha



bían triunfado, y que es lo <sup>que</sup> siempre habrían dicho harían en Francia - cuando pudiesen hacerlo.

El hijo de éste hombre -si es que tenía un hijo, que lo ignore-, - es posible que haya sido miliciano. Nos encontramos aquí con otra forma de comunismo, que parece muy diferente de la primera, aunque se deriva de ella por un cauce natural. Del padre del que hablo al hijo, - que le atribuyo, hay la misma distancia que la que separa al conservador, horrorizado por las matanzas revolucionarias, del militante nazi que hace sucumbir a golpes, o que fusila sin remordimiento, al militante comunista que cae en sus manos. El miedo engendra la crueldad. Este sentimiento es, entre todos, el más lógico y rápido de ser creado por la humillación. La crueldad de la izquierda, -hablo de la que se manifiesta en los períodos revolucionarios; la técnica represiva - del Estado comunista consolidado no es una crueldad en el verdadero - sentido de la palabra, es la aplicación de una doctrina, la ejecución de un plan de aniquilamiento de los adversarios vencidos; es de orden científico y, por así decirlo, constitucional-; la crueldad de izquierdas tiene, pues, su origen en la humillación; el revolucionario se venga en aquellos que han sido sus amos de haber tenido que bajar la frente ante ellos. La crueldad de derechas tiene su origen en el miedo; el fascista descarga su porra de goma sobre los hombres a los que

les ha tenido miedo, y se venga del miedo que ha pasado, miedo de verse él y los suyos sujetos al yugo por otra clase victoriosa, condenado a la esclavitud e a la desaparición.

Todo acto de crueldad lleva consigo un sentimiento de culpabilidad y constituye un exorcismo. Recordemos ese personaje de la Biblia que insultaba y golpeaba a su hermana, después de haberla violado, porque él insultaba y golpeaba así en su hermana el crimen que había cometido con ella. El proletario que mata al burgués no se venga solamente del burgués que le ha humillado, maltrata la imagen de su humillación y se libra de ella; es la humillación lo que mata. De la misma manera, el fascista que mata al comunista destruye el espectro de su miedo. De aquí, la rabia que conduce, a menudo, hasta el sadismo exasperado, hasta el delirio en esa especie de arreglo de cuentas consigo mismo porque lo que se tiene que matar no está en lo que se mata, y permanece eternamente fuera de alcance; De mismo que el amante se encamina sobre su querida en un frenesí de posesión total, porque la posesión total es imposible, el hombre se encamina también con el que le ha obligado a rebajarse e a temblar. Puede quebrarle los huesos, golpearle hasta la extenuación, arrancarle los miembros; lo que no puede hacer es que su humillación, que su miedo desaparezcan. Todo delirio de crueldad es un delirio de impotencia.

Ciertamente, el fascismo no es más que el resentimiento furioso del hombre de las clases amenazadas por el proletariado revolucionario contra el miedo que el proletariado revolucionario le ha inspirado. El fascismo presenta otros aspectos, unos muy estimables, otros mediocres y otros innobles. La firme defensa del gran capitalismo que, al llegar a un cierto grado la tensión revolucionaria, pierde su confianza en el juego de las instituciones liberales y pone las armas en las manos de los hombres, ha sido muy bien analizada por los doctrinarios marxistas y es un hecho cierto que los movimientos fascistas están, en efecto, - subvencionados por la industria pesada y que esta industria es económicamente favorecida por los movimientos fascistas. Pero, ¿quién no ve - que la explicación es débil cuando se trata de dar cuenta de hechos - como el triunfo del nacional-socialismo alemán, en el que los hombres del gran capital apenas desempeñaron otro papel que el de socios capitalistas, en el que millones de individuos pertenecientes a la vieja burguesía, las clases medias, el proletariado de americana, los empleados y funcionarios de pequeña categoría, el simple proletariado y el subproletariado(1), se agruparon en una masa irresistible y barrieron todo delante de ellos?. La prueba de que el nacional-socialismo ha escapado al control del gran capital alemán está en el hecho de que a partir de mediados de 1944 el nacional-socialismo continuó la guerra -

mientras que el interés y la voluntad del gran capital alemán, de toda la burguesía, de todos los viejos cuadros alemanes estaba evidentemente en detenerla.

No puede uno darse cuenta de ese complejo psicológico que es el "fascismo" sin hacer una llamada a sentimientos muy numerosos y diversos, a menudo contradictorios: la agresividad consciente e inconsciente de hombres jóvenes que encuentran una doble satisfacción en una ideología a la vez revolucionaria y conquistadora; el nihilismo aventurero de las épocas agitadas; la desesperanza y la esperanza; una voluntad de defender las tradiciones, de volver a los orígenes nacionales y una necesidad de renovación y de liberación; un irracionalismo de resentimientos; un esfuerzo angustioso de reencarnar los mitos religiosos en el futuro común; la tentación, experimentada en ciertos momentos por una mayoría de individuos, de abandonar la reflexión y la responsabilidad a una autoridad absoluta y providencial, -algo parecido a la fatiga intelectual-; el romanticismo del outlaw (1), del maldito, del pistolero; una necesidad feroz de purificación colectiva, que tiende a atribuir a una minoría y a castigar en ella las desgracias y "pecados" de la nación. Entre todos estos elementos de que habla hay, además, otros muchos que no son propios del fascismo y que la acción revolucionaria de "izquierdas" moviliza también. El mito del terror, por ejemplo.

(1). Fuera de la ley

jemplo, el de la sangre vertida, el de la crueldad. Es posible que la Revolución, cualquiera que sea, se vea obligada a recurrir a ellos, - porque constituyen su adorno para fascinar a los hombres, su adorno - de seductora. Una revolución pacífica que proclamara que quiere respaldar las vidas humanas, limitar al mínimo las medidas de violencia, restringir su acción a un cambio de instituciones y a un reparto nuevo - de la propiedad de los bienes de producción, sería menos alarmante, - sin duda, pero también menos excitante.

Así es, como el mito heroico, que se ha acordado en considerar como uno de los motores de las revoluciones o pseudo-revoluciones fascistas, no es, de hecho, propio del fascismo. La revolución comunista habla también con lenguaje militar, sabe también lo que despierta en el fondo de los corazones más pacíficos el romanticismo de la destrucción y la estanza. "La ruta del incendio del mundo pasa por las ruinas de - Varsovia". Esta frase, por lo demás admirable, y que hace pasar por - la médula del oyente, preciso es decirlo, un escalofrío bastante agradable, no es de Hitler lanzando sus tropas sobre Polonia en 1939, sino del mariscal ruso Tukhachevski lanzando las suyas sobre Polonia en - 1920. A decir verdad, una de las principales razones del éxito de los mitos bélicos del fascismo ha sido la posibilidad que ha proporcionado a personas, habitualmente tranquilas y hasta prudentes, de jugar -

al revolucionario, es decir, al hombre de lucha, al sanguinario. En un estilo un poco diferente del de extrema izquierda, sin duda: los desfiles a paso cadencioso, las botas altas, el correaje, la funda de la - pistola, -una funda de pistola aún vacía aumenta nuestra propia consideración-, todo esto es típicamente "fascista", pero el contenido de la funda es el mismo para el comunista-cue para el fascista. El "fascismo" -entiéndase que empleo aquí esta palabra, por comodidad, en su acepción general-, el "fascismo", pues, o, si se quiere, el mito anticomunista, no hubiera tenido tanta fuerza persuasiva, tanto sex appeal(1) político, si no hubiese ofrecido a los tenderos y a los porteros, y no sólo a los hijos o sobrinos de docientas familias -que, por otra parte, no desfilaban-, la posibilidad de desfilarse calzados con botas altas y llevando una funda de pistola, y de hacer sonar sus tacones. El hombre medio que gracias a él encuentra su posibilidad de acceso a la parada heroica es el que ha proporcionado al fascismo su éxito de "masa". ¿Pero por qué?. Porque en frente se encuentra el proletariado en guerra, en guerra social, dispuesto a morir, dispuesto a matar, dispuesto a invadir las bellas calles del centro en un tumulto de disparos y de cantos de victoria y de cólera. Claro que también se trata, para el burgués -sobre todo para el pequeño burgués- de prevenirse, de formar milicias y de no dejarse degollar. Se trata, también, para el hombre -cuyo orgullo se cifra en "no ser obrero", de defenderse contra la "pra

(1). Atractivo

letarización", de conservar con respecto al obrero las causas de su sentimiento de superioridad, de reprimir el alboroto provocado por esos millones de obreros que no quieren que se les humille, que están empeñados en una lucha contra la humillación, -he aquí el aspecto innoble del fascismo, así como su aspecto noble es el deseo de despertar los sentimientos de grandeza, pureza y sacrificio. Pero, en fin, y éste es lo que no debe ser olvidado, no hay solamente en el fascismo el miedo al proletariado, la voluntad consciente de defender su vida y sus bienes contra el proletariado, la voluntad inconsciente de mantener al proletariado en estado de humillación, hay también el "complejo de inferioridad" con respecto al proletariado, al proletariado-consciente, al proletariado trágico de la historia, al proletariado mortífero y justiciero. El fascismo ha dado la ocasión a millones de nombres de arrebatarse al proletariado su revolución, o al menos la ocasión de rivalizar con él en este aspecto; la ocasión de poder decir: "Nosotros también, desde este momento, somos más que vosotros, los proletarios, los hombres duros, los hombres inflexibles, los hombres implacables. Nosotros somos también los que marchan hacia adelante, - que combaten y que extirpan. Nosotros somos también los héroes. Nosotros somos también los que asesinan". El comunismo de forma terrorista ha provocado un anticomunismo terrorista, no solamente por el temor a la violencia, sino por la seducción de la violencia. No sólo ha-

provocado el miedo, sino la envidia de provocarlo; de esta manera ha hecho que crezca un adversario que le ha combatido con sus propias armas, y que alcanzó sobre él, hasta mediados de 1942, toda una serie de resonantes victorias. Finalmente, el comunismo ha triunfado de la prueba, pero, cosa curiosa, no ha podido salir triunfante de ella mas que gracias a la ayuda de las democracias anglosajonas, es decir, de las grandes naciones que, salvo de una manera esporádica, impuesta por las necesidades de la guerra, no ha recurrido al mito de la violencia destructora, rechazando sus masas el gran romanticismo de la muerte y la fé en las tormentas devastadoras.

¿Cómo ha sido posible esta alianza? Por la habilidad de la diplomacia soviética y por las faltas de la política alemana; pero también, y más profundamente, porque el "fascismo" había alcanzado demasiado éxito en su imitación del comunismo. Porque lo mismo que constituía, y esto es cierto en parte, un medio de defensa del capitalismo, había, sin embargo, acabado por inquietar a las naciones puramente capitalistas más que el propio comunismo. La paradoja -paradoja difícilmente explicable en términos puramente marxistas- de una victoria alcanzada sobre el "fascismo" -es decir, según los comunistas sobre el capitalismo militante- por la Unión Soviética asociada a las mayores naciones capitalistas no puede explicarse mas que si se recuerda que el fascismo había adaptado para su uso la mitología terrorífica del comunismo, con el fin de



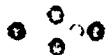
causar, en resumidas cuentas, más miedo que él.

o o  
o o

Extraño destino el del marxismo revolucionario. Sus dirigentes, sus militantes, anuncian su voluntad de borrar el odio entre las naciones y las clases y abrir para la humanidad un porvenir fraternal; pero hacen pesar sobre el mundo la amenaza de sus tropas, armadas para una guerra despiadada, y predicen para los que intenten resistirles, o solamente proponer para los males de la humanidad otra solución que no sea la suya, la destrucción radical. Son los paladines de la dignidad humana ultrajada, pero consideran a sus adversarios como animales dañinos, la liquidación de los cuales, en que decir tiene, no ofrece ningún problema de conciencia. Quieren poner fin a los horrores de la vieja historia de los nombres, pero nos brindan para el porvenir un camino pavimentado con millones de cadáveres. Reivindican la herencia del Cristo redentor de las culpas y predicador del amor, pero reivindican al mismo tiempo, la de los conquistadores mongoles que elevaban, en lugar de los pueblos arrasados, pirámides de cráneos. Ese extraño resplandor que nos muestran en el horizonte tiene un extraño y doble significado: es, sin duda, el oro de la aurora, pero también el oro del incendio. Ponen en juego sobre los dos paños la esperanza de la vida y

la esperanza de la muerte. Restablecen, a cuenta de su revolución, el mito de la guerra sagrada, azote de Dios y conadrona sangrienta de las sociedades nuevas. Tienen la intención de substituir la libertad-engañadora de las poderosas democracias por la libertad real, la libertad conquistada por todos los hombres sobre las viejas tiranías y sobre las fatalidades naturales vencidas por la Ciencia, pero reivindicar la guillotina de Robespierre, de Marat y de Carrier, las grandes extirpaciones rusas, el trabajo forzado para los "enemigos del pueblo", la mano de hierro que ahoga a los enemigos de clase, a los simpatizantes y a los perezosos.... y nos dicen: "A buen entendedor, salud". Pretenden librar al hombre de las viejas supersticiones que los mantenían sojuzgados, por la penitencia y el temor a los ejemplares castigos infernales, y se las inganien para arrancar a los que ellos arrastran ante sus tribunales confesiones y remordimientos de un servilismo abyecto. Nadie ha llegado tan lejos, ni aun en las épocas más salvajes, a la ferocidad en el trato de los vencidos y a la negativa de reconocer entre sus enemigos la calidad humana. Crean, con una igualdad absoluta, hospitales y cárceles, escuelas y mazmorras, casas de maternidad y campos de esclavos, como si todo ello perteneciera a un mismo programa de higiene social. Hacen magníficos esfuerzos por cuidar e instruir a los niños, a los que, por el menor peccadillo,

enviarán, a partir de los doce años, edad de la responsabilidad penal en el código soviético, a pudrirse entre el hambre, la miseria, el agotamiento y un trabajo inhumano en esos campos cuya celebridad sinigtra espanta al mundo. Son la esperanza de todos los miserables y oprimidos del mundo .....y los caballeros del Apocalipsis. Quieron igualar a los hombres del futuro, dueños de la naturaleza y de ellos mismos, a los dioses que adoraron los hombres del pasado, y son el poder que no tolera un gesto de desobediencia, el conquistador que no da cuartel, el tribunal que ignora la gracia, la religión que no conoce para la deslealtad otra suerte que el aniquilamiento, que es la mayor empresa conocida de asesinato político de la historia.



Supongamos que la especie de opositores haya desaparecido por completo de la URSS, donde la dictadura revolucionaria está establecida desde hace treinta años; supongamos que haya desaparecido también de las "repúblicas populares", que sólo han dispuesto de un tiempo diez veces menor para convertir, aterrorizar o eliminar a los disconformes. Debemos admitir que la oposición existía al sobrevenir el cambio de régimen, y que en ella se agrupaban, no sólo los detentadores de los medios de producción capitalista, no sólo la burguesía acomodada, las

profesiones liberales, los intelectuales y los técnicos, quienes participaban, en mayor o menor escala, en las condiciones de vida de las clases privilegiadas, sino un número importante de "pequeños burgueses", de colonos, y de asalariados modestos de diversos oficios comerciales o industriales. En los países sometidos al régimen de la democracia liberal, los electores que rechazan la revolución del tipo colectivista soviético, constituyen invariablemente la mayoría del cuerpo electoral, mayoría que alcanza los dos tercios, los cinco séptimos, los nueve décimos, y, aún mayores proporciones. En los países que han sido afectados, o son afectados, por el fenómeno "fascista" - es decir, por el fenómeno que reúne multitudes numerosas alrededor de los jefes y de las organizaciones de combate, aplicando los métodos revolucionarios copiados con frecuencia de los métodos comunistas; el fascismo moviliza numerosos elementos que no pertenecen en modo alguno a la clase capitalista, y cuyo nivel de vida es mediano e, incluso, miserable. Esto es, al menos a primera vista, paradójico si se admite, como el análisis marxista trata de demostrarlo, que el fascismo no es en esencia más que una reacción de defensa brutal y extrema del gran-capitalismo -y concretamente del capitalismo de la industria pesada, asociado más o menos estrechamente con el feudalismo territorial de los junkers-, contra el acorralamiento. En las democracias de tipo so-

glosa, el número de los que suspiran por una transformación revolucionaria al estilo soviético es muy pequeño, aún entre los trabajadores de la industria. Así es como en el sistema capitalista, los capitalistas propiamente dichos -los poseedores de los medios de producción y del crédito-, aún uniendo a ellos los que les están asociados por diversas formas de parasitismo -oficinistas, criados o prostitutas de lujo-, sus mercenarios del ejército y de la policía, y sus servidores y cómplices en el aparato del Estado, no es más que una débil minoría, mientras que grandes mayorías se muestran hostiles a la colectivización propagada por los partidos comunistas militantes, hostilidad puesta de manifiesto en los sufragios electorales, la tirada de los periódicos de diferentes partidos y todas las manifestaciones de la opinión.

Lleves las concesiones a la tesis adversa tan lejos como sea posible. Admitamos con ella, que la opinión en el régimen capitalista no es libre más que en apariencia, que el servilismo de la prensa, del gobierno, de las administraciones en relación con los grandes intereses financieros, la intimidación, los prejuicios, las rutinas, las pasiones elementales hábilmente explotadas por los interesados, todas las formas del engaño, el desconocimiento de la verdadera naturaleza del problema social, donde se encuentran todos aquellos cuya "conciencia de clase" no ha sido formada por los educ

dores revolucionarios, falsean los datos del problema. Sacamos la conclusión de que no son comunistas todos los que debieran serlo, no que la mayoría es comunista. Es posible que existan sobre la tierra algunos centenares de capitalistas, según la estricta definición del término; algunos millones de hombres que están ligados al capitalismo por intereses tales que perderían más que ganarían con la destrucción del régimen capitalista en el mundo. Hay centenares de millones de hombres que se resisten a prestar ayuda al comunismo militante en la obra de destrucción de éste sistema, respecto al cual deberían mostrar una hostilidad resuelta o, al menos, indiferencia.

Admitamos que un labrador, propietario de diez hectareas de tierra que le permiten vivir, que ha oído hablar del koljose (1), un tendero que no quiere ser desposeído de sus mercancías en provecho de los almacenes del Estado, muestran una desconfianza agresiva contra esas grandes novedades que le proponen. Pero éste obrero metalúrgico de Pittsburgo, el otro que es empleado de banca en la City de Londres, ese tercero que escribe novelas, ese cuarto que cuida las enfermedades —no sólo las de los ricos—, en un distrito de Paris: ¿que tienen que temer del comunismo?. He aquí a los reformadores, los cuales, si se reduce su doctrina a los términos más generales, se proponen transferir a la colectividad, bajo forma de propiedad indi- (1). Granjas colectivas

visa con los directores y gerentes asalariados, las fábricas, los bancos y las explotaciones agrícolas. ¿En qué podrá contrariarme, si yo no soy ni el hijo, ni el sobrino, ni el hombre de confianza, ni la amante de uno de los propietarios actuales, y si me aseguran que en el nuevo régimen yo podría lo mismo que antes, y aun mejor que antes, recibir mi salario a fin de mes o de semana, tener un piso, vestirme, tener mis cigarrillos o la docena de huevos que necesitaría?. La cuestión de saber a quien pertenecerán los talleres textiles -siho son -mios de todas formas-, o los campos de alfalfa -cuyo propietario actual me insulta si entro en ellos,-o la gallina -élla puede pertenecer a la nación, lo importante es que ponga-, no me concierne en nada. Es mas, es fácil convencerme de que el reparto actual de la propiedad es injusto, de que se podría aumentar el bienestar general regulando la propiedad de los ricos de acuerdo con las necesidades de los hombres -y no según el provecho de algunos -en ello no hay nada escandaloso, si no todo lo contrario-, de pretender abolir el privilegio que permite a los poseedores del capital crear empresas productoras, reservándose este derecho, y explotar para su mayor beneficio personal la mano de obra asalariada. Yo voy en esto aun más lejos de lo que me concierne. Admite con los comunistas que la desaparición del régimen actual de propiedad es, no solamente exigencia de la justicia, sino el resultado normal de la sociedad técnica, al que somos conducidos por una se-

rie de acontecimientos irresistibles e irrevocables; que la relación del amo al criado mantenida por la sociedad capitalista entre una minoría de detentadores del capital y la mayoría de trabajadores es injustificable e intolerable; que un día llegará en esta relación <sup>que</sup> parecerá tan bárbara como la del amo al esclavo a la cual ha substituido. Repito que un pequeñísimo número de hombres está realmente interesado en que esta relación entre el amo y el criado persista; y, sin embargo, un gran número de hombres están en lucha contra el comunismo, dispuestos a tomar en caso de necesidad las armas contra él, dispuestos a exponer su vida contra él; un gran número de hombres que no participan, ni directa ni indirectamente, en los privilegios del orden social que el comunismo quiere destruir, que no tienen, en principio, nada que perder con la nueva distribución de las rentas sociales que el comunismo quiere practicar.

Un gran número de hombres tiene por seguro que el advenimiento de un régimen colectivo de tipo marxista, y precisamente de tipo soviético, en el país en que viven sería la catástrofe suprema, que esta revolución de la que se habla, y que no amenaza mas que a una clase a la cual no pertenezcan, y que no intenta, en principio, quitarles nada, y que no les amenaza mas que en la medida en la que, sin ningún interés personal de hacerlo se opongan a ella, y que no desea mas que dejarles tranquilos, y que les promete un suerte más feliz -



que la que actualmente disfrutan, no les dejará, si viene, otra elección que la de una resignación aterrorizada y sin esperanza, la batalla clandestina, la huida o el suicidio.

¿Por qué?. ¿Por qué causa miedo la revolución colectivista?. ¿Por qué los pequeños grupos todopoderosos de los privilegiados de la revolución capitalista que están amenazados en su situación de clase dominante, de los que tienen mucho que perder en la revolución, han conseguido gracias a una propaganda astuta convencer a millones de individuos, entre los que ella precisamente explota, que los revolucionarios son el enemigo común?. Esto es posible. Hay, pues, una mixtificación. Pero la mixtificación no lo explica todo. Para que los agentes de propaganda de los señores del capitalismo hayan logrado convencer a millones de crédulos que una revolución dirigida, en principio, contra los privilegiados capitalistas, y solo contra ellos, aceptable, en principio, para todos aquellos que no participan de aquel privilegio, amenaza a la humanidad entera con ruinas y matanzas horribles, aplastará a la humanidad bajo la tiranía, violará hasta los secretos de las conciencias, destruirá en cada uno el asilo de la dignidad y libertad íntimas, dará golpes mortales a la cultura que es el bien común de todos y hará de las naciones más activas y felices un rebaño de esclavos embrutecidos y aterrorizados... es preciso que esta propaganda haya extraído de alguna realidad sus argumentos y sus ejem--

plos. No es fácil, ni siquiera para el embustero más hábil, dar al que no es más que un libertador la figura de un déspota, al que traiga la buena nueva de la fraternidad la figura de un asesino, y de hacer creer a tanta gente que un predicador evangélico lleva un cuchillo entre los dientes. El temor, o el horror, o el temor mezclado de horror, y susceptibles de engendrar una fuerza de resistencia desesperada, que apartan hoy a tanta gente del "comunismo", hacen el juego al capitalismo, estoy de acuerdo. Aquellos son explotados por la propaganda capitalista. También estoy de acuerdo. ¿En beneficio solo de los capitalistas?. Puede ser. Pero el hecho es que este temor, este horror, existen y que son, en la lucha entablada por el marxismo-revolucionario para la conquista del mundo, uno de los elementos de terminantes de la situación de las fuerzas, y hasta el elemento principal -pues la pujanza de resistencia que los "capitalistas" propiamente dichos pudieran aportar a esta conquista del mundo sería despreciable, si una muchedumbre inmensa de no capitalistas no estuviera asociada a los "capitalistas" en un anticomunismo decidido-. El hecho es que el aspecto tomado por la revolución marxista o la promesa de revolución marxista en la sociedad moderna es tal que ha dado nacimiento a fuerzas de repulsión casi tan potentes como su fuerza atractiva, y que es éste un fenómeno que las calumnias y las mentiras

de los adversarios hábiles no serían suficiente para explicar.

Si el comunismo causa miedo es, desde luego, porque con razón o sin ella, por necesidad o sin necesidad, escoge para la conquista, la conservación y el establecimiento duradero de su porvenir métodos tales que debía llegar, y en efecto ha llegado a presentar al mundo un rostro terrible, una verdadera cabeza de Medusa; y es sabido que si el efecto de la cabeza de Medusa es petrificar a los que la miran de frente, y como consecuencia quebrantar ciertas resistencias, puede también provocar a los hombres al combate y de suscitar Perseos. La propaganda anticomunista ha utilizado, sin duda, las matanzas de las antiguas clases dirigentes rusas por los vencedores de 1917, la "liquidación" de los elementos hostiles al nuevo régimen por la muerte y la deportación, la lucha antirreligiosa, la destrucción de los mencheviques, la de los kulaks, la de los moderados, la de los derechistas, la lucha implacable contra todas las herejías, la depuración permanente, las penas extremadamente severas para castigar todo acto de indisciplina, todo desfallecimiento, todo relajamiento en el trabajo, el poderío de la organización policiaca, los campos de trabajo forzado, las deportaciones de mineras, los procesos de autoacusación, la prohibición de franquear las fronteras, la protección de vastas regiones de la URSS por el secreto-militar, la imposibilidad absoluta en que se encuentra todo ciudadano-

soviético de manifestar una opinión desfavorable al régimen. Pero la propaganda anticomunista no ha podido utilizar estos argumentos mas- que por el hecho de que le eran facilitados, porque provenían de la- propia HRSS, de la prensa de la URSS, de los testimonios de los evadi- dos, -de los propios escritos de los doctrinarios marxistas que, a - ejemplo del mismo Marx, han presentado la revolución del proletaria- do, en primer lugar, como un sangriento ajuste de cuentas, como una- guerra implacable y llevada a cabo con todos los medios de la guerra - , todo lo que hacía falta para pintar un cuadro bastante negro. Des- de este punto de vista es poco importante que el número de víctimas- haya sido aumentado, es de suponer que así sea; que la violencia - fría y sistemática de la represión haya sido exagerada, es de supo- ner que también lo haya sido. La exageración, aun si ha sido friamen- te calculada con fines de propaganda anticomunista, no ha sido crei- da mas que porque era plausible, porque beneficiaba la disposición - de la imaginaciones atacadas ya de pánico, porque había alrededor de la Revolución en marcha una zona de sombrío misterio y de terror.

La Revolución ha sembrado el Terror en tomo suyo, en virtud de u- na política consciente y deliberada. Por otra parte, sin duda, porque los hombres que se consideraban como responsables del porvenir victo- rioso de esta Revolución estimaban necesario eliminar los enormes pe-

ligros que se levantaban a lo largo de su camino por los medios más rigurosos e implacables; les parecía que era indispensable, bajo pena de fracaso, destruir hasta la posibilidad misma de una oposición y conseguir de los que marchaban con ellos la disciplina absoluta y de los adversarios el silencio....y matar al adversario es el medio más rápido y seguro de lograrlo.

Hay, desde luego, en la Revolución una dureza -justificada o no, no importa por el momento-, una dureza recelosa, inexorable y sangrienta que es una dureza de guerra, de estado de sitio, de corte marcial. Lo que cuenta no es el móvil del acto incriminado, sino su resultado objetivo; la equidad <sup>no</sup> del castigo, sino su valor de advertencia; ~~no~~ el derecho, sino el hecho. Vencer o morir. Ser vencedor o muerto. El militante no es más que un instrumento, como el soldado. El adversario no es más que un obstáculo, como el enemigo. Es, sin duda, razonable considerar la lucha del partido del proletariado para la conquista del poder como una guerra y adaptar para ella "todos los medios de la guerra",.....llevando este "todos los medios de la guerra" a su término y liberándole de toda hipocresía moralista a la moda burguesa y de las últimas trabas de la fútil cortesía caballeresca. Pero si la Revolución es una guerra, no es preciso asombrarse de verla tomar de la guerra su carácter inquietante y fag

cinador de fiesta de muerte y de que participe en la leyenda sangrienta de la guerra.

La Revolución se ofrece a los hombres con el aspecto de un ídolo - ambiguo, benévolo, pero también temible, esto sobre todo. Es promesa de felicidad para una humanidad desgraciada, promesa de justicia para una humanidad oprimida, promesa de una fortaleza, de una riqueza, de una longevidad casi divinas para una humanidad prisionera en la estrecha servidumbre de su condición terrestre; pero es promesa de revancha para todo aquél<sup>1a</sup> que en la existencia actual de los hombres es fracaso y humillación, promesa de privación y de esfuerzo, de disciplina y de combate, promesa de dureza, promesa de muerte. La muerte para los explotadores. La muerte para aquellos que no estén conformes con el fin y los métodos. La muerte para aquellos que en el campo de los oprimidos perjudicaron a la causa común por tibieza, por pereza, por exceso de celo o por torpeza. La muerte para los traidores, para los saboteadores, para los adversarios políticos de todos los matices a quienes se moteja por adelantado de traidores y de saboteadores, lo que es certeza de muerte. La muerte, la muerte, la muerte. La palabra "Muerte" está escrita con palabras llamantes frente a los ojos de los hombres, como el "Mene, Thésel, Phares" ante los ojos del rey de Babilonia. Porque élla posee una virtud magnética, más poderosa y más misteriosa que la palabra "Libertad" o la palabra "Justicia". Porque -

no se alista a una multitud de hombres en una gran aventura sin poner en juego su poder fascinador. Porque es espantosa y porque atrae. Porque la Revolución saca su alimento de las fuerzas terribles de lo Sagrado y porque es la forma moderna, la forma "progresista" del sacrificio humano.

Importa poco, desde este punto de vista, saber si la virtud terrible del mito revolucionario actúa en cierta medida independientemente de la voluntad de los conductores del juego, los cuales serán conducidos ellos mismos, o si es utilizado fríamente, con plena conciencia, por los ejecutores que han tomado las medidas y calculado las reglas de utilización. El hecho es que hay en el fenómeno revolucionario algo que está más allá de todas las justificaciones científicas y morales, de todas las justificaciones por los resultados a conseguir, y que responde a las necesidades tenebrosas del subconsciente colectivo; la llamada al mito de la destrucción, al sueño humano inmemorial de una venganza contra el poco satisfactorio orden del mundo.

Ciertamente, se trata de aterrorizar. Pero si se tratase únicamente de aterrorizar, no es completamente cierto que las ventajas prácticas conseguidas con el Terror superen a los inconvenientes. No es absolutamente cierto que el beneficio obtenido hoy por el comunismo del hecho de que un gran número de hombres vacilen en oponerse resueltamente a su victoria, considerando los riesgos de muerte que hay en ha-

cerlo, sobrepasen al perjuicio sufrido por ese mismo comunismo con el hecho de que un gran número de hombres han sido arrastrados al anticomunismo más irreductible por horror a la amenaza comunista, sin tener ningún privilegio capitalista que defender personalmente. No se trata sólo de intimidar, de conseguir un estado de parálisis, de poner en estado de menor resistencia a los que son susceptibles de resistir al comunismo. Se trata de atraer al comunismo a todos aquellos a quienes tienta una aventura, adornada de los colores del riesgo, de la brutalidad y de la violencia; a los que consideran la posibilidad de circular por la calle con una ametralladora en la mano, y de servirse de esa ametralladora, como un medio transformador del universo, una ruptura embriagadora de todas las trabas sociales, una prodigiosa fuente de inspiración poética. La Revolución no necesita solamente reducir a la impotencia, paralizar de pánico a los temerosos. Necesita también reclutar y reunir a su alrededor a todos aquellos que esperan los proporciones los medios de causar miedo: " Tu serás ese hombre que avanza irresistiblemente sobre los cadáveres, al resplandor de un mundo que arde. Tu serás ese hombre que posee el privilegio de aniquilar o de aherrar vidas humanas con un pequeño movimiento del dedo sobre el gatillo de la pistola... como los Cesares romanos pedían aniquilar o perdonar una existencia, al borde de la arena, levantando o bajando el dedo pulgar. Tu gustarás del placer de conducir hacia la -



prisión rebaños de esclavos atemorizados. Tú serás el Destino mismo. Tú gozarás de los placeres de los dioses".

De aquí resulta que existe una verdadera mala fé en el reproche de mala fé que los comunistas dirigen, con tanta satisfacción, a sus adversarios: "Nosotros os hablamos de la abolición del privilegio capitalista, de la colectivización de los medios de producción, del nacimiento de un mundo en el que no habrá ni explotadores ni explotados, de una inmensa aventura fraternal que agrupará a todos los hombres por fin iguales, por fin libres, para la conquista de las fuerzas de la naturaleza; y vosotros nos respondeis invocando los procesos de autoacusación, el poderío de la N.K.V.D., las purgas y el trabajo forzado. Son argumentos de diversión". Pueden ser, en efecto, en un cierto sentido, argumentos de diversión. Los anticomunistas combaten a sus adversarios más sobre el terreno del Terror que sobre el de la abolición del privilegio capitalista porque sobre el primero se sienten más fuertes y siempre es más fácil discutir sobre el terreno en que uno se siente más fuerte. Pero los anticomunistas tienen mejores fundamentos para achacar a sus adversarios una táctica de diversión. Es también una diversión responder con el proceso de la plusvalía capitalista a quien os habla del aniquilamiento de la oposición en la U.R.S.S. y de la institución de una nueva esclavitud por la servidumbre de las

minorías políticas. El aniquilamiento de la oposición y la servidumbre de las minorías políticas, no pueden dejarse fuera la cuestión. - Constituyen el fondo de la cuestión misma: la de una Revolución terrorista, radicalmente terrorista porque el Terror no es solamente para ella un medio, por otra parte impugnable, de alcanzar más rápida y directamente la victoria, sino la base misma de la incoscienza colectiva sobre la cual se ha edificado el armazón de la conciencia revolucionaria. Porque el comunismo es Terror antes de ser Justicia, y porque no invoca a la Justicia más que cuando el incosciente colectivo tiene que ser justificado ante la conciencia, cuando el Terror tiene que ser justificado.

Examinemos por tanto la cuestión más de cerca.

o o o  
o o

Aunque nadie haga ninguna pregunta sobre nuestro objetivo -y estamos seguros de lo contrario- debemos hacémoslas nosotros mismos. Aunque hubiésemos pedido convencer a los demás de nuestra buena fé, todavía habíamos de preguntarnos si nuestra propia obstinación, si nuestra misma vehemencia, no son los signos de alguna inquietud de conciencia, si no es contra nuestras propias dudas contra las que tratamos de asegurarnos. Como se canta, parece ser, en la oscuridad cuando

se tiene miedo. Como se pone en la condenación del placer de los demás una rabia que es la tentación o el sentimiento del placer. Como aquél que sintiendo vacilar su certidumbre envía a la muerte al hereje que le amenaza en su estabilidad.

¿Obramos de buena fé al escoger los argumentos en los cuales basamos nuestra resistencia al comunismo?. Yo hablo, entiéndase bien, de los argumentos del hombre medio, de los argumentos del hombre de la calle, de los argumentos que cuentan. que el curso de la Revolución técnica, desde hace un siglo, haya hecho del marxismo una doctrina retrazada, que el marxismo sea prisionero de la contradicción interna resultante de mezclar a la vez una filosofía y una ciencia, que la teoría de la plusvalía esté en contradicción con las últimas conquistas de la economía científica, y el materialismo histórico con las de la sociología moderna, es, sin duda, posible de demostrar; debe ser posible demostrar lo contrario de manera casi también convincente, y sabemos, de todas formas, suficiente sobre el comportamiento humano para admitir que no se toma partido por Stalin, o por el Pacto Atlántico, como consecuencia de una meditación de Ricardo, Hengels, Plekhanov, - Paréto, Keynes o Burnham. En la materia, las doctrinas no son más que los medios de información y de justificación de una actitud ya decidida en sus líneas generales, de un partido tomado -lo que no significa

que carezcan de eficacia real, que no ejerzan de rechazo influencia sobre la actitud que ellas informan y justifican, para desviarla, enderezarla o empujarla hacia ciertos extremismos lógicos-. Los argumentos del hombre medio contra el comunismo no tienen nada que ver con la discusión de la tendenciosa ley de los impuestos sobre los beneficios. Se refieren a la tiranía, la dictadura policiaca, las deportaciones, el trabajo forzado.... el Terror. Lo que importa para el hombre medio, o al menos lo que él considere importante, es el giro que tomará su existencia en la sociedad que se le propone; si ese giro parece ser el de una mayor libertad, el de un mayor bienestar, el de una serie embriagadora de conquistas siempre más audaces a costa del misterio del mundo, entonces, él "está a favor"; si ese giro parece ser el de la miseria, la esclavitud, la amenaza constante de muerte lenta o súbita, entonces él "está en contra". Lo que, tanto en un caso como en otro es bastante lógico. Lo que importa para el hombre medio, ya lo he dicho. Lo que es importante para el hombre medio lo es también para el escritor. El escritor en su calidad de tal no tiene más conocimiento de la economía científica, que el que posee el hombre medio. Si pretende -hay, en efecto, en éste un poco de presunción- estar más autorizado que otro cualquiera para dar su opinión, no es por razón de sus conocimientos técnicos particulares, es solamente por virtud de su oficio, que es el

de dar una forma más precisa y más comprensiva a las sentencias morales, a las esperanzas, a las atracciones y a las repulsiones que existen en el mundo.

Los principales argumentos del anticomunismo no son, pues, los sutiles argumentos de la economía política o de la metafísica que pueden estar o no a disposición de los jóvenes intelectuales ávidos de certidumbre racional. Los principales argumentos del anticomunismo son los argumentos del sentido común que tienden a presentar la sociedad comunista como una sociedad espantosa —o abominable— o espantosa y abominable. Y aquí vuelvo a mi tema.

Nosotros decimos: "Mirad lo que pasa en el Este. Apenas han tenido en sus manos el poder, han emprendido la exterminación de sus adversarios políticos y de las clases desposeídas. El Terror es su arma principal y ellos lo glorifican. Cuando han terminado de matar a los vencidos, comienzan a matarse entre sí. Han matado a los aristócratas, a los funcionarios del antiguo régimen, a los reaccionarios, a los liberales, matan a los labradores que permanecen apegados a sus tierras, a los impacientes, a los moderados, a los herejes de la derecha y de la izquierda, a los que creen que se mata demasiado y a los que creen que se matan demasiado poco. Su policía tiene un oído en cada familia. Tienen más presidiarios que las sociedades capitalistas. Dividen la sociedad

en dos categorías; la de los saboteadores y la de sus denunciante. - Ponen al servicio del envilecimiento del hombre todas las técnicas de la violencia, todas las técnicas de la sugestión y, lo que es el crimen de los crímenes, la propia esperanza del hombre. Su triunfo será la noche sobre el mundo por espacio de largos siglos". Nosotros decimos esto, y lo decimos bajo una forma u otra. Unos, creyendo que se trata aquí de una evolución implacablemente lógica del sistema, y que la concentración de los poderes económicos en manos del estado proletario no puede conducir más que a un régimen de violencia universal, en provecho de una aristocracia de carceleros políticos y de técnicos; otros creyendo que las probabilidades del socialismo permanecen intactas y - que no es culpa de Marx ni la Revolución rusa, víctima de un error de dirección, la zozobrado en la oligarquía burocrática y policiaca. Pero unos y otros están de acuerdo, o casi de acuerdo, en que es mejor que así sea, y que el panorama ofrecido por la U.R.S.S. al mundo sea el menos deseable de todos.

Es aquí donde se plantea el problema de la astucia. Esta indignación, éste temor que se observa generalmente en el mundo "burgués" ante el socialismo de forma soviética, ante los métodos políticos soviéticos, ante el "materialismo ateo", ante el "por todos los medios", ante el uso sistemático de la calumnia y el engaño, ante los cínicos cambios de frente de la propaganda, ante las liquidaciones y las purgas,.... -

Esta indignación y este temor ¿no son solamente una astucia?. "El que quiere librarse de su perro le acusa de rabia". El burgués -reaccionario, liberal, socialista, reformista, fascista, es siempre un burgués; trotskista, titista, es un hombre que hace el juego a la burguesía, un criado a sueldo o una víctima de la burguesía... el burgués, pues, - niega al proletariado la conquista del poder porque quiere conservárselo para sí. Tiene horror a la Revolución proletaria, porque ésta Revolución significa el fin de sus privilegios. Se levanta frente a la Rusia soviética porque ésta ha demostrado que un régimen socialista era viable. El burgués defiende el régimen de explotación del hombre por el hombre, porque él es el explotador y obtiene los beneficios de la explotación. El burgués defiende sus dividendos. Para él el orden del mundo son sus dividendos. La libertad son sus dividendos. Dios son sus dividendos.... y todo lo que paga con los dividendos, criados, automóviles, fincas, mujeres y el monopolio de la cultura refinada. El burgués se opone pues al comunismo porque el comunismo amenaza los fundamentos de su dominación material. Es un sórdido negocio de perra gorda. Pero el burgués es un hombre hábil. Sabe que si se contenta con gritar: "esos monstruos de comunistas quieren apoderarse de mi dinero", no podría alborotar contra los comunistas más que a los que tienen tanto dinero como él; y los que tienen mucho dinero son sufi-

cientemente numerosos para repartírselo, pero no bastantes para defenderlo; mientras que si en la lucha contra el comunismo se invoca a la civilización, la libertad, la patria, la moral, los Evangelios, el bien común de todo el mundo, el capital indivisible de los ricos y de los pobres, entonces se tiene la posibilidad de agrupar alrededor del núcleo de señores barrigudos que mandan la maniobra, a millones de débiles desinteresados y valientes; un ejército. Es la virtud del ideal.

Esta explicación de las "calumnias soviéticas" es, probablemente, suficiente por completo para llevar la tranquilidad de conciencia al militante medio. Es preciso que se comprenda bien que las campañas contra las confesiones forzadas, las deportaciones o los campos de trabajo correctivos, no tienen otro objeto que desviar la atención del mundo del trato sufrido por los combatientes obreros en Grecia e en España y de las condiciones de trabajo inhumanas impuestas a los asalariados del occidente capitalista, de rodear al mundo que construye el socialismo de un círculo de herreros y de odio, de preparar la guerra y de dar, al esfuerzo desesperado, implacable, feroz, llevado a cabo por la burguesía para salvar sus miles de millones, un carácter humanitario. La campaña lanzada por la prensa comunista contra David Reussat, inmediatamente después de su petición en favor de una encuesta internacional sobre los campos de trabajo forzados, no se nu-



trío de otros argumentos. El asalto de la burguesía contra el comunis-  
mo, dirigido por un estado mayor de mixtificadores cínicos que lanzan  
de a la batalla las palabras de orden de la vieja moral se reían en y  
sus barbas, es una imagen un poco sumaria de las cosas. Lo que noso-  
tros hemos de preguntarnos -y esto es un poco más serio- es si el hom-  
bre que protesta contra los campos de trabajo forzados, las confesio-  
nes provocadas, la dictadura policiaca y el Terror bajo todas sus for-  
mas, y que constituye, en realidad, el agua del molino de la burgue-  
sía, no es un mixtificador mixtificado; si a través de esos valores -  
"humanos" que él defiende contra el comunismo y a los cuales los edu-  
cadores burgueses le han enseñado a respetar en las escuelas burgue-  
sas y les han dado una significación burguesa, no es en fin de cuen-  
tas la dominación material de la burguesía la que defiende sin saber-  
le; si no es al mismo tiempo autor y víctima de una impostura incons-  
ciente.

Nosotros no queremos el comunismo, creemos, porque es tiránico y  
cruel. ¿No lo juzgamos tirano y cruel porque no nos gusta y porque es-  
tando al acecho de razones susceptibles de justificar nuestra repulsa  
no podemos dejar de encontrar esas razones?. ¿Nosotros, que no quere-  
mos el comunismo, no experimentamos una especie de satisfacción cada  
vez que la pena de horca se ejecuta en un Petkov o un Kostov, cada -  
vez que las confesiones de un Cardenal Mindszenty o de un Raft, cada

vez que los nuevos informes sobre Katyn, sobre el exterminio de los "alemanes del Volga", sobre la liquidación de los kulaks, y sobre la deportación y el hambre provocado, sobre el "Gulag", vienen a confirmarnos en el horror que sentimos por el comunismo? ¿No estamos de algún modo buscando argumentos y pruebas suplementarias, nuevos dolores y nuevas atrocidades? Que un testigo llega del Este y nos dice: "Es peor todavía de lo que creéis", nuestra angustia y nuestra indignación deberían crecer, y sin embargo experimentamos una especie de satisfacción. Si encontrásemos, por el contrario, un viajero optimista "no es tan terrible; las condiciones de vida son perfectamente soportables y van mejorando". Debíamos tranquilizarnos -tranquilizarnos - con la idea de que el peligro con que se nos amenaza no es tan terrible como habíamos pensado- y he aquí que, por el contrario, nos sentimos decepcionados e irritados contra el informador. Es como si en lugar de tranquilizarnos sobre lo que puede ser nuestro futuro, tuviéramos ganas de ver confirmado el horror que nos inspira el comunismo. El estudio de las actuaciones colectivas no nos enseña nada, en ese aspecto, más que el de los comportamientos individuales, y la menor discusión de café, la menor querrela familiar ponen en juego de la misma forma los mecanismos de la mala fé y de la automixtificación. De aquí, sin ir más lejos, sacamos la conclusión de que en nuestra crítica

ca del Terror comunista, de la tiranía comunista, evitamos por astucia inconsciente el debate sobre el terreno de la doctrina económica, de la ciencia social, o de la filosofía de la historia, campo en el que no nos sentimos muy fuertes, para entregarnos al juego de la indignación contra la opresión de las minorías y contra el degüello de los opositores. Algo parecido al caso de la mujer nerviosa que, al terminar con los argumentos en una discusión con su marido cuya lógica es superior, comienza a gritar ¡al asesino!

Después de todo, es posible que haya un poco de verdad en esto. El hecho es que en un debate como el que nosotros oponemos al comunismo, existe, en los dos bandos una tendencia natural hacia los argumentos más fáciles y de mayor efecto. La realidad es que las historias de matanzas o de campos de concentración son las más susceptibles de perjudicar al comunismo y que es, pues, casi inevitable que los adversarios del comunismo se apoderen de ellas con cierta satisfacción. El hecho es que los hombres son así. No quieren pensar que su elección política está determinada únicamente por la defensa del contenido de su cartera, y de las diversas comodidades y placeres que el contenido de esa cartera les proporciona. Que es agradable creer que se combate para impedir que el horror totalitario se extienda por el universo entero, y menos agradable creer que se combate para mantener el derecho del propieta-

rio de los medios de producción a arrogarse la propiedad de los productos a expensas de los trabajadores. El hecho es que se desea tener — buenas razones desinteresadas en apoyo de su acción porque se desea la propia estimación. No me siento, por mi parte, solidario más que en un muy pequeño grado del sistema capitalista de producción y de distribución de bienes, cuya equidad me parece discutible y de escaso provecho para mí. No me siento solidario de la clase privilegiada, del sistema capitalista, más que en la medida en que me sé predestinado a la liquidación al mismo tiempo que esta clase, en el caso de que el partido comunista, se apoderase del poder. Pero reconozco que ese modesto interés físico que tengo en que los progresos del comunismo sean detenidos, y que susurra en el fondo de mi conciencia cuando tomo la defensa de los esclavos de Siberia, y de esta forma yo también obro de mala fé a mi manera, puesto que cuando escribo: "los otros", pienso: "yo", e por lo mismo: "yo y los otros". Reconozco también — todavía con más gusto — que es muy posible que invocando contra el comunismo la libertad, la justicia o los demás valores eternos, dé algún motivo de satisfacción, en la defensa contra las pretensiones obreras, a un grueso propietario de acciones para quien los valores eternos son los bonos auxiliares de las C.R.S. ¿Y después?

No se trata de saber si estoy o no, si estais o no, si estamos o no

hablando de mala fé de las ejecuciones, de las confesiones provocadas, de las deportaciones, del trabajo forzado y de la policia de todas - clases, antes que del paro forzoso y de las malas condiciones de vida de nuestros trabajadores norteafricanos. Se trata de saber si esas cosas de las que hablamos existen. Si no existen, si se nos prueba que no existen, entonces merecemos todas las acusaciones de mala fe, de astucia y de autoengaño. Pero si son verdad todo cambia, todo cambia terriblemente, y entonces, poco importa que vayamos de buena o de mala fe, puesto que lo que nosotros denunciemos es intolerable y tenemos razón en denunciarlo, tanto si nuestras intenciones no son absolutamente puras, como si nuestra moralidad intelectual no es irreprochable. Si la revolución comunista no es la muerte, el Terror y la esclavitud para millones de hombres, entonces hemos mentido, e estamos equivocados, y podemos hacer penitencia. Pero si la Revolución comunista es para millones de hombres la muerte, el Terror y la esclavitud, entonces es preciso gritar, y no parar de gritar, y poco importa quién sea el que grite, y si el que grita tiene o no él mismo algo que ocultar. Si existen en alguna parte los cadáveres de Katya, los cadáveres de los campesinos sublevados, los cadáveres de los compañeros de Lenin ejecutados, los cadáveres de todos los que se han opuesto a la marcha de la Revolución comunista, los cadáveres que todavía andan y respiran del Gulag... si en alguna parte existen esos cadáveres

res, no podemos admitir que se llegue hasta nosotros y se nos diga "no se trata de eso". Pues, ¿si no se trata de eso, pregunto yo, de qué se trata?

¿La Revolución soviética ha destruido o no millones de vidas de una manera científica, deliberada y con pleno conocimiento de causa, en el territorio ruso y en el de los países conquistados o vasallos? Si no es así que se nos diga; que se nos demuestre. Si es sí, que no se nos venga a decir que es obrar de mala fé hablar de ello. Que no se nos venga a hablar de diversión mixtificadora a propósito de millones de muertos, si esos millones de muertos existen. Millones de falsos muertos pueden ser una diversión mixtificadora. Millones de verdaderos muertos, cualquiera que sea el que hable de ello, son antes de nada y después de todo, verdaderos muertos. Y llamar diversión a semejante montaña de muertos es, por lo menos, de mal gusto. Y si son personas de mala fe las que se preocupan de esa montaña, tanto peor, sí, tanto peor para las personas de buena fé.

Lo sé perfectamente. Existen los muertos de las dictaduras fascistas o pseudofascistas. Puede ser que no pensemos bastante en ellos. Pero si la pila de muertos soviéticos es cierta, es mucho mayor, y basta. Es lógico que pensemos, en primer lugar y sobre todo en el montón mayor. Lo sé perfectamente también. Existen los millones de muertos de los que es responsable el capitalismo, los obreros muertos de ta--

berculosis en habitaciones insalubres, las madres solteras infanticidas, las víctimas de las guerras imperialistas. El mundo capitalista es cruel, y debería poner remedio a esto. Al menos es cruel biológicamente, por indiferencia hacia las miserias humanas y por la eterna lucha por la vida -un poco a la manera de la naturaleza-. Entre el derrumbe capitalista de vidas humanas y la eliminación científica de los que no acatan el poder en la sociedad comunista, hay la misma diferencia que la que existe entre el que no hace todo lo que puede por salvar a su prójimo enfermo y el que vacía sobre su prójimo en perfectas condiciones de salud el cargador de su pistola. Es una diferencia.

Lo sé perfectamente, en fin: "la conquista del poder por el proletariado, a pesar de sus adversarios declarados, la instauración del socialismo en un mundo todavía contaminado por la corrupción capitalista, exigen una dureza implacable. El tiempo de la dulzura llegará, con la hora del verdadero comunismo, dentro de algunos años, de algunas decenas de años, de algunas generaciones. Los comienzos son rudos y sangrientos, pero vosotros vereis el fin".

Desgraciadamente, jamás se ve el fin. Son otros los que lo ven, y cuando puedan venir a decirnos si están contentos, nosotros no estaremos aquí para oírles.... y no estamos muy seguros de que estén contentos. Por lo que a mí respecta, estoy definitivamente decidido a juzgar los regimenes que se ofrecen a los hombres no por su fin, siempre ad-

mirable y siempre fuera del alcance de nuestra apreciación, sino por sus comienzos. Sí, es el comienzo lo que importa, y es preciso dar la preferencia al comienzo que mata menos gente. Pues es más fácil conservar el hábito de no matar que perder el de matar.

Es posible que vayamos de mala fé. Pero de buena o de mala fé tenemos el derecho de inquietarnos por los progresos de una sociedad nueva que proclama la libertad y comienza por la policía, que proclama la dignidad y comienza por la adulación servil, que proclama la igualdad y comienza por la oligarquía, que proclama la justicia y comienza por la injusticia, la verdad y comienza por la impostura, el respeto al hombre y comienza por el fanatismo; y que proclama la vida y comienza por la muerte.

Enero 1.951.